

EL CONGRESO TOMÍSTICO DE ROMA

(15-20 abril.)

Interesante ha sido, por más de un concepto, el *Congreso tomístico* celebrado en Roma durante la semana de Pascua de este año jubilar.

La iniciativa partió del Romano Pontífice. No fué una orden; fué *un semplice suggerimento* expresado por la augusta palabra de Su Santidad en la sesión solemne de clausura de la *Semana tomística*, organizada por la Academia romana de Santo Tomás para conmemorar el sexto centenario de la canonización del Doctor Angélico. «Sean bienvenidos, decía S. S., los Congresos tomísticos a esta misma Roma, cátedra de verdad y de caridad». Tal invitación era ya una bendición anticipada que aseguraba el éxito del Congreso.

Su organización corrió a cargo, como era natural, de la *Academia Romana de Santo Tomás*. Desde luego se estableció que no se trataba de reuniones de mero aparato, ni de ejercicios de oratoria académica. Se intentaba algo más trascendental. La filosofía de Santo Tomás, merced al impulso decisivo de los últimos Papas, se impone hoy a la consideración del mundo filosófico actual; ya han pasado los tiempos aquellos en que se la dejaba a un lado como cantidad menospreciable en el balance de la investigación filosófica. Urge, por tanto, ponerla en contacto, de un modo vital, con los problemas que hoy atormentan el pensamiento humano y con los resultados y teorías del progreso científico, que están en íntimas relaciones con las principales cuestiones filosóficas. Por otra parte, la unanimidad en la solución de todos los problemas y en la aplicación de los principios de Santo Tomás, nunca podrá ser absoluta. De aquí la necesidad del intercambio de ideas entre los cultivadores de la filosofía tomística, comercio que se hace ordinariamente y con frecuencia por escrito en libros y revistas, mas que importa asimismo llegue de vez en cuando a la exposición y discusión oral en un Congreso sabia y prudentemente organizado. A estos fines atendió el Comité organizador. Estableció que el principal trabajo debía ser la discusión de las ponencias o co-

municaciones presentadas sobre temas en alguna manera determinados de antemano. Los temas señalados fueron tres, ciertamente capitales en filosofía tomística: *el problema crítico, la doctrina de acto y potencia, y la relación de la filosofía natural con las ciencias experimentales y matemáticas*. El esquema previo indicaba acerca del primer tema la posición general del problema, sus partes y relación entre ellas, soluciones propuestas y valor que tienen, posición del tomismo frente al kantismo y al idealismo. Acerca de la doctrina de acto y potencia, se proponía el estudio de su origen y evolución histórica, tesis principales, aplicaciones físicas y metafísicas y especial consideración de la noción de causa y de sus derivaciones en el campo de la filosofía. El tercer tema comprendía el valor de las teorías físicas, la constitución de la materia, el espacio y el tiempo, la relatividad y, por fin, la psicología experimental. La materia podrá parecer excesiva para un solo Congreso; mas no entraba en los cálculos de los organizadores que se discutiesen en él todos los puntos indicados, sino más bien ceñir el campo de la discusión a estos tres sectores de la investigación filosófica.

La sugestión del Papa halló eco favorable en los cultivadores de la filosofía tomista. La concurrencia al Congreso fué variada y asidua, selecta y relativamente numerosa. El salón de la Academia de Santo Tomás apenas podía contener a los asistentes a las sesiones, que eran estrictamente privadas, y en la audiencia de S. S. nos reunimos muy cerca de doscientos congresistas. Predominaban individuos del clero secular, de la Orden de Predicadores y de la Compañía de Jesús; mas no escaseaban los hábitos de San Francisco (Menores y Capuchinos) y del Carmen, los sacerdotes de la Misión y de la Congregación del Espíritu Santo; ni faltaron algunos profesores seglares, simpáticos y valientes propugnadores de la sabiduría de Santo Tomás, aun en Universidades del Estado. Italia y Francia aventajaban en número a las demás naciones, mas no les iban muy a la zaga Alemania y Bélgica; Polonia y Holanda ostentaban valiosa representación, a la que se agregaron algunos españoles, ingleses, norteamericanos y yugoeslavos. Citaremos algunos nombres, que podrán dar a nuestros lectores alguna idea de lo escogido de la concurrencia: Monseñores Janssens, Talamo, Grabmann, Pelzer y Masnovo; Profesores Reverendos Sres. Peillaube, Debove, Noël, Lanna, Blanc, etc.; de la Orden de Santo Domingo, los PP. Garrigou-Lagrange, Hugon, Szabò,

Roland-Gosselin; de Munnynck, Mandonnet, Barbado, etc.; el P. Gemelli, O. M.; de la Compañía de Jesús, los PP. Geny, de la Taille, Maréchal, Fröbes, Monaco, Schaaf, Pelster, Joyce, etc. En nueve sesiones, de más de dos horas y media cada una, se discutieron hasta veintiuna Memorias, la mayor parte previamente impresas; y la discusión era a menudo tan amplia, que frecuentemente la Presidencia hubo de apelar a la benevolencia de los congresistas, en obsequio a la brevedad, impuesta por la escasez de tiempo. No hay que decir que la cordialidad y la animación reinaron en absoluto entre todos los congresistas. Y todos los asistentes conservaremos grato recuerdo de la exquisita amabilidad, plena posesión de la materia e ingeniosa habilidad con que dirigió las discusiones el Presidente efectivo Monseñor Lorenzo Janssens, O. S. B., Obispo titular de Betsaida, bien conocido en el mundo científico y eclesiástico; a él se debe, sin duda, en buena parte, el éxito del Congreso.

Inició el Congreso, bajo la presidencia del Cardenal Bisleti, el benemérito secretario de la Academia y presidente del Comité organizador, Mons. Salvador Talamo, con un docto y hermoso discurso. Después de recordar el origen del Congreso y de evocar el dulce recuerdo de un acto semejante, que también inauguraba él hace 45 años, como homenaje al gran pontífice León XIII por la publicación de la Encíclica *Aeterni Patris*, hace oportunas y fundamentales indicaciones sobre los tres problemas filosóficos presentados al estudio del Congreso. Es el primero el problema del conocimiento, que recibe hoy soluciones atípicamente opuestas a la doctrina de la tradicional filosofía cristiana, soluciones que el orador condensa en la negación de los principios esenciales a la vida del pensamiento humano y en el escepticismo en sus variadas formas, que viene a resolverse en la muerte de la inteligencia. Síguese el problema ontológico, importantísimo por sus variadas aplicaciones a la universalidad de los seres; resolviólo Santo Tomás en la doctrina del acto y de la potencia, que en sus orígenes y aplicaciones requiere cuidadoso y profundo examen. Por fin, el problema cosmológico debe ser examinado en relación con las teorías y datos de las ciencias físicas y matemáticas. Es corriente entre muchos de sus cultivadores la idea de que la filosofía natural antigua debe ser dejada a un lado, al paso que los excesos de un análisis disgregativo y de sintetización apresurada

indican la necesidad que el mismo progreso científico tiene de la luz eterna de los principios de la filosofía perenne, filosofía que no quiere desentenderse, ni de los adelantos de la ciencia experimental ni del desarrollo histórico de la filosofía moderna. «En esta parte, decía Mons. Talamo, es guía seguro y todo nuestro el común Maestro, quien hizo suyo el patrimonio intelectual de su tiempo en armonioso sistema, tan admirable por lo vasto del análisis como por la unidad comprensiva de la síntesis». Y terminó dando el santo y seña del Congreso en una fórmula feliz, que se repitió frecuentemente en el curso de las discusiones y fué recogida y desarrollada en el discurso con que Mons. Janssens puso fin a los trabajos del Congreso. «Nuestro cometido está ya definido. ¿Cómo pensaría hoy Santo Tomás en las actuales condiciones de la filosofía y de la ciencia, entre las nuevas tendencias de nuestros tiempos? Interpretando así a Santo Tomás somos continuadores de su obra».

Magnífica ocasión ofrecían para desarrollar provechosamente estas ideas y seguir tan acertadas normas metódicas las Memorias que se ponían a discusión sobre el problema del conocimiento. Como era fácil conjeturar llevóse esta parte dos días bien completos, la mitad casi del tiempo destinado a sesiones ordinarias. Es muy complejo el problema del conocimiento; las relaciones que en su fase propiamente crítica o epistemológica le unen con las difíciles cuestiones sobre la misteriosa naturaleza de estos hechos de conciencia que llamamos conocer y pensar hacen imposibles las soluciones de tinte matemáticamente exacto (que por lo mismo serían inexactas e inadecuadas). Y es de tener en cuenta que el sincero anhelo de ponerse en contacto con el pensamiento moderno, por desgracia tan opuestamente orientado con frecuencia al de Santo Tomás, y el de hacer penetrar algún rayo de luz en aquel informe caos de vagas aspiraciones más que de doctrinas definidas que lo constituyen, dificultan de modo increíble la tarea del filósofo cristiano en nuestros días. Estas dificultades no las rehuyó el Congreso. Con simpatía lo notaba el *Corriere d'Italia* del 17 de abril. «A los propugnadores de la doctrina tomística nada les escapa de la afanosa investigación contemporánea de la verdad; las luces y las sombras del pensamiento moderno, las teorías de la hora que pasa eran conocidas, pesadas, valoradas con maravillosa agudeza de indagación; la doctrina tomista no se

halla desorientada delante de teoría alguna por más que se presente con aires de exquisita modernidad; mas ve en cada una de ellas un nuevo campo en que derramar la fecundidad inexhausta de sus principios».

No son exageradas estas expresiones. Disertaciones hubo, como la del P. Cordovani «Conceptus veritatis iuxta idealismum italicum», y la de Mons. Masnovo sobre el idealismo italiano en sus relaciones con el problema crítico, que implicaban una penetración muy viva del pensamiento de Gentile, que por cierto deja bastante atrás en radicalismo sujetivista al mismo Hegel; como que aquí no hay otra cosa que una identificación absoluta entre ser y conocer, y atendiendo a sus fórmulas puede presentarse como un humanismo panteístico, o un actualismo teogónico, o mejor un relativismo absoluto. La Memoria del Sr. Krzesinski «Il problema dell'oggettività nel criticismo kantiano e nella filosofia neo-scolastica» llamó la atención sobre un problema, en parte de terminología, pero de grande trascendencia en todos tiempos, la noción de objeto. Pero sin esto en el curso de las discusiones oímos a menudo a hombres que están en íntimo contacto con el pensamiento filosófico y científico de nuestros días, como los PP. de Munnynck, Przywara, Lehmann, Cordovani, Jansen, etc., llamar la atención sobre la mentalidad no escéptica ni idealista, pero sí más o menos fenomenalista o criticista o antiintelectualista hoy dominante, sobre los movimientos representados por las diversas teorías de los *valores*, sobre la tendencia metafísica de las doctrinas idealistas, sobre los resultados de la psicología experimental en sus relaciones con la epistemología.

Como resultado de estas discusiones, nos parecía reconocer la razón de las apremiantes excitaciones de los Romanos Pontífices a volver a Santo Tomás, como eficaz antídoto contra los errores modernos. Es verdad que el Angélico Doctor, acertadamente lo notó en su comunicación Mons. Bonamartini, no pretende en los textos que se citaban (se adujo varias veces *de ver. q. 1, a. 9*) dar a su doctrina un alcance criteriológico, que en su tiempo sería un anacronismo; es verdad que sus enseñanzas y las teorías epistemológicas modernas están orientadas en sentido profundamente opuesto; mas unas y otras versan sobre objeto idéntico: el conocimiento humano; además, el Doctor universal lo es, por sus principios, para todos los tiempos, y el pensamiento humano, por más que se esfuerce en ello, no puede

negarse del todo a sí mismo, y por esto es ciertamente metafísico; de donde resultan inesperados puntos de contacto, relaciones verdaderamente vitales entre las doctrinas antiguas y los aspectos y direcciones modernas de la filosofía. Mas, para que el entronque sea fructuoso y no perjudicial (tenemos experiencias bien deplorables en el movimiento modernista), es preciso que, por una parte, el pensamiento de Santo Tomás sea presentado en su simplicidad y comprensiva universalidad, y por otra se mantengan serenamente y con aquella justa y a la vez amplia inflexibilidad de la verdad, así los principios verdaderamente fundamentales y básicos, como las direcciones metodísticas de la escolástica, toda ella claridad y precisión. Este último punto es de la mayor importancia, pues las disolventes teorías modernas en el terreno filosófico han germinado en prolífica vegetación a favor de la vaguedad e indecisión de la terminología, que implica y produce a la vez una lamentable confusión de ideas. Por esto nos producían saludable impresión en el Congreso tomístico los toques de atención que a menudo se oían sobre la necesidad de fijar el significado de ciertas expresiones, técnicas, sí, pero de valor y determinación muy diversa. Inmediación del conocimiento, intuición intelectual del ser (con razón recordaba el P. de Munnynck hasta seis sentidos de la palabra intuición), reflexión como fuente de verdad, actividad constructora del espíritu, objetividad del conocimiento, fenómeno y noúmeno, noción de verdad, expresiones son todas ellas sumamente delicadas, que conviene tratar con miramiento. Precisamente sobre la primera de ellas, el carácter inmediato del conocimiento, principalmente intelectual, se trabó animada discusión, cuando, como decía Mons. Bonamartini, el debate se transformó automáticamente de criteriológico en gnoseológico y metafísico. El P. de la Taille, en su comunicación, pareció negar la inmediación objetiva, fundado en la teoría tomista del *verbum in quo*, y entonces, con no poca satisfacción, oímos de los PP. Garrigou-Lagrange y Hugon explicaciones que apenas difieren de las doctrinas que, quizá con otra terminología, sostienen otros escolásticos, discípulos también de Santo Tomás. En realidad se vió que la diversidad de opiniones no obstaba al reconocimiento del sano realismo, única solución y presupuesto racional de toda teoría del conocimiento.

Preocupaba a los congresistas la posición y solución general del problema crítico, o, según otros preferían llamarlo, epistemológico,

sin descender a cuestiones más particulares. A ello iban enderezadas la relación del P. Boyer, profesor de la Universidad Gregoriana. «De problematis critici positione et solutione», y las comunicaciones del P. Geny, de la misma Universidad, «De ratione problematis critici solvendi», y del Sr. Zimmermann, de la Universidad de Zagreb, «De problemate epistemologico». Acertadamente no se propusieron, ni la duda real, ni la solución indirecta por el principio de causalidad. Unos juzgaban, con el P. Geny, oportuno dividir el problema en dos estadios o momentos, escéptico e idealista, mientras a otros parecía esta división no responder a la posición actual del problema, que más bien distingue entre valor del conocimiento en general (orientando más o menos la verdad hacia la categoría de bien), y condiciones de su legitimidad. Alguien intentaba descubrir una contradicción interna inmediata en la noción de fenómeno, contradicción que a otros no parecía tan evidente. Se llamó también la atención sobre el lugar indebido que ocupa la crítica de nuestras facultades o el problema crítico general, que no es de orden lógico, ni es posible resolverlo en este terreno. Lo que parece ser de no poco interés, en relación con la posición kantiana, es examinar si Kant supera en realidad el escepticismo de Hume con su fenómeno y sus elementos *a priori*, o si más bien, según parece, lo deja subsistir como presupuesto universal, orientando la ciencia, la verdad y la noción de objeto por derroteros ignorados. Si es así, se ve por qué los escolásticos modernos, siguiendo ligerísimas indicaciones de los antiguos, tratan del escepticismo universal como medio indirecto de combate contra las teorías no realistas.

Las comunicaciones más interesantes de esta primera parte fueron, a nuestro pobre juicio, la del Sr. Noël, de Lovaina, «Comment poser le problème de la connaissance»; y la del Sr. Rabeau, de Varsovia, «Sur l'activité constructrice de l'intelligence», ambas orientadas a encontrar por el camino de la reflexión una solución elegante y sencilla al problema del valor nouménico del conocimiento; ambas dominadas por la justa preocupación de mostrar cómo la actividad intelectual no crea su objeto, sino que se siente dominada por él. El Sr. Noël busca como punto de partida el momento de mínima complejidad, el *cogito*; la reflexión no halla en él, entre el sujeto y el objeto, distinción ni distancia alguna. ¿Es posible encontrar en los juicios, al menos en los inmediatos del orden ideal, algo parecido? Como el juicio es una reflexión, y sus elementos son las simples

aprehensiones en las cuales las cosas presentes al espíritu reinan absolutamente, «sin que haya término psíquico que se les oponga», resulta que en realidad la presencia inmediata de las cosas domina nuestra actividad intelectual. El Sr. Rabeau acentúa considerablemente el carácter constructivo de nuestra actividad cognoscitiva; mas halla que en todas las manifestaciones de esta actividad domina la intuición intelectual del ser común, primer dato impuesto a la inteligencia; además tiene el alma en su espiritualidad el agente sujeto de discernimiento. Varias aplicaciones hizo el Sr. Rabeau de su solución al dominio de la lógica, de las matemáticas, de la teología y de las ciencias inductivas, que ni siquiera indicaremos.

No es posible dar aquí un juicio motivado sobre estas soluciones, que fueron bastante discutidas, y que pueden servir de tema a un boletín de epistemología. Sólo indicaremos que quizás no sea preciso para la solución general del problema crítico buscar una situación privilegiada para una clase u orden de conocimientos. Claro está que la verdad lógica o de sentencia es propiedad del juicio; pero éste toma sus elementos de lo que los demás órdenes de conocimiento le ofrecen. Por lo demás para la declaración filosófica de la veracidad objetiva nouménica de nuestros instrumentos cognoscitivos nos ofrece el peripatetismo escolástico el principio que lo informa, el teleológico. La actividad cognoscitiva, supuesta la tendencia objetivista tan irresistible que con razón la llaman los psicólogos la posición normal de la conciencia, no puede, so pena de ser ilegítima (y esta ilegitimidad es contraria al finalismo), no puede, decimos, ser deformativa; menos aún meramente constructiva; es formalmente asimilativa. Mas la aplicación de este principio que constituye el método propiamente criteriológico, impone la investigación psicológica cuidadosamente conducida del ejercicio de nuestras facultades, la distinción atenta de sus diversos órdenes, la determinación escrupulosa del objeto que propiamente manifiestan a la conciencia, ya en sus elementos primordiales, ya en las aportaciones nacidas de la complejidad de nuestra total actividad. Ni termina aquí la tarea crítica; pues debe reflexionar atentamente en cada caso sobre la misma tendencia objetivista o *realizadora*, como dicen, que no es ciertamente la misma, ni está igualmente orientada en estado normal en las diversas fases de nuestro conocer: de un modo objetivamos las sensaciones, de otro las representaciones internas, y diverso es también el grado y el modo de ob-

jetividad que nos imponen las ideas universales y precisivas; una es la tendencia de los juicios existenciales fundados en la experiencia inmediata, otra la de los principios y juicios esenciales, otra la de las conclusiones de un raciocinio. No está la naturaleza desprovista de crítica, ni el realismo nativo es tan ingenuo y cándido. De estas indicaciones, que insinuamos en el Congreso al intervenir en la discusión, se desprende que la solución tradicional del problema epistemológico no es una abstención, ni dispensa de un examen profundo de la naturaleza del conocimiento, antes lo exige y lo postula; por otra parte no pretende haber dado con demostraciones imposibles; razona simplemente de un modo reflexivo sobre uno de los caracteres más evidentes de los fenómenos de conciencia, que llamamos conocimientos.

Complemento al estudio del problema crítico fué la Memoria del Sr. Debove, de la Universidad de Lille, «La Psycho-physique et la theorie thomiste de la connaissance», estudio muy interesante por señalar las dificultades intrínsecas con que tropezó siempre la ley fundamental de Weber-Fechner en sus diversas fórmulas, dificultades que se reducen a un falso concepto de la sensación. En cambio el percepcionismo tradicional con su explicación del conocimiento por la asimilación del objeto, con su fórmula escultural: *ex cognoscente in actu et cognito in actu fit unum*, pone la base más sólida y amplia para todas las investigaciones psicofísicas. La comunicación del Sr. Debove muestra en un caso importante la íntima compenetración que debe reinar entre filosofía y ciencia, que saldrá no poco beneficiada de este mutuo apoyo, tema desarrollado especialmente en la tercera parte del Congreso.

La segunda parte que versó sobre la doctrina *de actu et potentia*, vino a llenar el tercer día del Congreso. De las cinco Memorias presentadas, se discutieron solamente tres. El P. de la Taille y Monseñor Masnovo, por haber intervenido con sendas comunicaciones en el debate sobre el problema crítico, retiraron de la discusión las que versaban sobre la unidad e ilimitación del acto puro y la demostración de la existencia de Dios por el movimiento.

El Sr. Ude, profesor de la Universidad de Gratz, resolvió en sentido absolutamente negativo la cuestión «Utrum stante principio causalitatis corpus primi hominis originem habere potuerit a bruto». Por

supuesto se trataba de la mera posibilidad, no del hecho. La comunicación pareció a algún congresista proceder de un modo un tanto apriorístico, y en la breve discusión entablada se hizo alguna indicación sobre algunos enunciados científicos del principio de causalidad, que convendría considerar, según los principios expuestos en la tercera parte, hasta qué punto podrían regular las aplicaciones del principio metafísico de causalidad.

Tampoco fué extensa la discusión de la Memoria del Sr. Sestili «De obiectiva ratione potentiae et actus in ordine ad unum per se constituendum.» Como la anterior esta comunicación pertenece a materias que deben tratarse como aplicaciones de los principios establecidos en la segunda y tercera parte del Congreso.

El núcleo de este día lo constituyó la relación del P. Garrigou-Lagrange, el conocido lector del Colegio Angélico, «Applicationes tum physicae tum metaphysicae doctrinae de actu et potentia iuxta S. Thomam.» Expuso el concepto de pura potencia como algo intermedio entre el estado de pura posibilidad y la existencia o el ser actualmente existente; y después de indicar cómo, a su parecer, Aristóteles y Santo Tomás habían dado con esta noción para explicar la realidad de la mutación y los problemas del ser en general contra las objeciones de Parménides, significó que en este punto existe una diferencia radical y trascendentalísima entre la escuela que lleva el nombre de Santo Tomás y la de otros doctores escolásticos. Sin aquella noción y su complementaria explicación de la limitación del acto únicamente por la potencia receptiva, quedan sin base las tesis más capitales de la filosofía cristiana y escolástica, que en concisa, y a la vez amplia enumeración, iban desfilando ante nuestros ojos: materia y forma, esencia y existencia, analogía y trascendencia del ser, sustancia y accidente, cantidad e individuación, naturaleza y perfección infinita de Dios, verdad y aun concepto de la creación, información del alma, inmaterialidad de la intelección, y, en general, naturaleza y objetividad del conocimiento; en el orden de la acción la universal moción de Dios por previa determinación, exigida por la subordinación y derivación de Dios de todo modo de ser; por fin, en el orden sobrenatural, la unidad personal de Cristo por la unidad de ser, la consustancialidad de las personas divinas, la sobrenaturalidad de la visión beatífica y la consiguiente distinción de naturaleza y gracia y aun el objeto formal de la fe infusa, que debería ser sola y esencialmente sobrenatural.

La discusión por menor sobre esta memoria, como ve el lector, era imposible, como que es esta materia vastísima que se está discutiendo siglos ha; con todo, en el Congreso tomístico tuvo cierto aire de novedad, que le dió interés y puso en relieve algunas ideas provechosas para la inteligencia y desarrollo de la filosofía de Santo Tomás. El P. Hoenen expresó la dificultad de hallar en la sola limitación del acto por la potencia sujettiva la explicación de la multiplicidad y diversidad de intensidad de las formas accidentales. El tinte polémico de la memoria motivó la intervención del P. Vivarelli en defensa de la opinión del Card. Billot, sobre la constitución formal de la hipóstasis, y del P. Zacarías sobre la inteligencia de varios puntos de la doctrina de su maestro Escoto; por cierto que, al oirle, nos confirmábamos en el sentir de que las diferencias entre las diversas direcciones escolásticas son, aun en cuestiones tan debatidas como la analogía del ser, muy accidentales (a este mismo propósito lo notaba ya un contemporáneo de Escoto, gran defensor de Santo Tomás). El que escribe estas líneas intervino también para hacer la misma indicación respecto de Suárez, apoyada en la autoridad de tan buenos testigos como los Cardinales González y Mercier y el Dr. Grabmann, y afirmó la seguridad doctrinal y aun tomística de la posición del Doctor Eximio, acerca de la trascendencia e infinitud de Dios, señalando, asimismo, la confusión fundamental de Parménides y de todo panteísmo entre el ser abstractísimo, ser formal de todas las cosas, y el ser infinito, plenitud de perfección, confusión que expresamente señala Santo Tomás en sus refutaciones del panteísmo.

Dirigimos luego la discusión en sentido más propiamente tomístico, insistiendo en la necesidad de precisar la noción de esencia y de *esse*, que sobreentiende Santo Tomás al aplicar al ser en general la doctrina de acto y de potencia. La esencia es definida *in statu absoluto* en el opúsculo *De ente et essentia*, y, según esta tendencia, se desarrolla el argumento del cap. 5: «*possum intelligere quid sit homo vel phoenix et ignorare an esse habeant in rerum natura*» (1). El *esse*, a veces, es el ser, la existencia de una cosa determinada; pero a menudo significa el ser en general, como cuando dice: «*Esse est actuali-*

(1) Puede reforzar esta consideración recordando los tres extremos *essentia*, *esse essentiae*, *esse existentiae* que se hallan comparados en las discusiones de este problema posteriores a la muerte de Santo Tomás, de lo que ningún vestigio se halla en las obras del Maestro.

tas omnium rerum et omnium etiam formarum». El P. Monaco, insistiendo en las mismas ideas, declaró que Santo Tomás, al trasladar al orden metafísico la teoría de acto y potencia, tomó en consideración la potencia objetiva, la cual comparó con su realización actual en el ser existente; así era la esencia considerada en este orden, a modo de potencia sujetiva receptora del ser en cuanto significa su propia actuación. La intervención de Mons. di Somma condujo más directamente el debate al terreno sumamente interesante de la exégesis de varios textos del Doctor Angélico, tan importantes, como que son aquellos en que discute la razón de hipóstasis y persona, en las cuales parece evidente que los términos composición y distinción real no tienen siempre aquella significación única que hoy les atribuimos: *Socrates non est sua humanitas; natura recipitur in materia signata* etc. (1).

El distinguido relator oponía a estas observaciones sus puntos de vista sistemáticos, en general ya conocidos, a veces muy personales, siempre ingeniosos y dignos de atención; mas con toda sinceridad debemos declarar que no los veíamos fundados en la exégesis del texto mismo del Santo Doctor. Oportunamente intervino el P. Pelster para señalar los subsidios con que debemos contar en la interpretación de Santo Tomás: los comentaristas y los primeros discípulos del Doctor Angélico pueden prestar buenos servicios, mas no son siempre seguros; en cambio es de suma importancia el estudio del texto mismo del Santo con especial atención a su tecnicismo y terminología propia, para lo cual hace falta un estudio comparativo del lenguaje de Santo Tomás y de sus contemporáneos; en fin prestan subsidio necesario las fuentes en que se inspiró el Doctor universal. Del estudio de Santo Tomás a la luz de estos criterios, cree el P. Pelster deducirse que su doctrina sobre la esencia y existencia no tiene el significado que ordinariamente se le atribuye. Finalmente, Mons. Grabmann, requerido por el mismo relator, distinguió en esta última cuestión tres aspectos: especulativamente considerada debe ser resuelta por el valor de las razones que se aduzcan; el pensamiento de Santo Tomás cree ahora, después de largas vacilaciones, en

(1) Séanos lícito recordar que estos textos son los que principalmente examinamos en nuestra disertación *De ratione suppositi et personae secundum S. Thomam. Oratio habita in sollempni studiorum instaurazione in Collegio maximo Sarrianensi S. Ignatii, 1922-1923. Barcinone, 1923.*

vista de los datos que aporta la primitiva escuela tomista, que debe ser interpretado en el sentido de alguna distinción real; en cambio el mismo criterio le hacer creer que no es fundamental en el sistema de Santo Tomás la distinción real de esencia y existencia, de lo contrario no habrían abandonado esta doctrina varios de los más celosos defensores del Angélico.

En conclusión: la discusión de este segundo tema del Congreso hizo patente la importancia de los estudios históricos sobre la escolástica y sobre el pensamiento de Santo Tomás, a que se dedican con tesón y método una selecta porción de investigadores. No son estos trabajos de mera erudición o curiosidad; son imprescindibles para conocer el verdadero pensamiento del Doctor universal, objeto sin duda el más digno de excitar la actividad de los que quieren ser discípulos suyos, como deben serlo todos los filósofos católicos, según palabras augustas de la encíclica *Studiorum ducem*.

Del pensamiento medioeval volvió otra vez la vista el Congreso al pensamiento moderno en su aspecto científico, al examinar el tercer tema puesto a discusión: «Habitud Philosophiae naturalis ad scientias experimentales et mathematicas.» Campo es este sumamente vasto, y muy corto era el tiempo de que disponía el Congreso. Pero aprovechándolo cuidadosamente pudimos dar una ojeada a los puntos más trascendentales que en este dominio se presentan; y en el día y medio que se les dedicó se presentaron hasta siete comunicaciones, seguidas de un breve, pero provechoso cambio de ideas, que sirvió para avivar el deseo y la esperanza de que en ulteriores congresos pueda dársele mayor amplitud.

En el momento actual de la evolución científica uno de los problemas que se imponen con más urgencia a la reflexión filosófica es el del valor de las teorías físicas. El P. Hoenen profesor de Cosmología en la Gregoriana en su relación «De valore theoriarum physicarum» nos dió un avance de un estudio completo y pormenor sobre este punto. Ante todo estableció que en conjunto los hombres de ciencia entienden que sus teorías tienen valor objetivo; los dichos opuestos a esta idea tienen una significación muy restringida. Al filósofo toca investigar con qué derecho y dentro de qué límites. Las teorías científicas suponen ciertas nociones y establecen determinadas causas (eficientes, materiales y formales) de los hechos o datos

de la experiencia: ahora bien se puede asegurar que en general aquellas nociones y estas causas son análogas a las nociones que se verifican en los fenómenos científicos y a las causas de que proceden; por consiguiente contendrán elementos o aspectos adecuados a la realidad y otros ajenos a ella. Para discernir unos de otros precisa investigar cuáles de estos elementos se deducen en realidad de los hechos observados y cuáles no. Este que llama el autor principio de la *analogía de las teorías físicas* está del todo conforme con la doctrina de Santo Tomás sobre las causas del ser, y puede comprobarse en varias de las teorías más en boga, como la teoría atómica, la ondulatoria de la luz, la discontinuidad de los cristales, etc. Si es así nuestra filosofía natural no sólo no ha de temer nada de las ciencias físicas, sino que puede y debe tomar como base de sus especulaciones los resultados de éstas, y por su parte éstas reciben de la filosofía su perfección y una guía segura que buscan afanosamente.

Diverso fué el sentir del P. de Munnynck, profesor de Filosofía natural de la Universidad de Friburgo (Suiza), acerca de las teorías científicas y su relación con nuestra cosmología, en su comunicación *Utrum et quatenus Hylemorphismus cum theoriis physicis recentiorum componi possit*. Las teorías son hipótesis mnemotécnicas (por lo demás, parece admitir expresamente el autor como hecho casi probado la discontinuidad física de la materia); en este orden el hilemorfismo sería una de tantas hipótesis en manifiesta inferioridad respecto de las otras, aunque quizás podría tener alguna utilidad como complementaria. Pero el hilemorfismo es otra cosa: es doctrina filosófica fundada en la metasfíctica del ente; su demostración hay que buscarla, supuesta la existencia de la cantidad o aspecto cuantitativo de los cuerpos, en las exigencias del concepto de unidad, que en la variedad de los elementos cuantitativos requiere, según el autor, algo simple superior a ellos. Tales ideas se han expuesto ya otras veces, mas creemos que en el Congreso no fué esta la tendencia dominante, y al resumir el presidente Mons. Janssens la discusión, subrayó con insistencia que el día en que una doctrina científica cierta se hallase en oposición con el hilemorfismo, tal como lo recibimos de los antiguos, deberíamos, según los principios de Santo Tomás, abandonarlo y buscar otra solución al problema filosófico de la composición de los cuerpos.

El P. Mac Williams, profesor de la Universidad de San Luis (Esta-

dos Unidos), trató con mesurada ponderación de un problema importante en íntima conexión con el anterior: *De discontinuitate materiae*. El verdadero estado de la cuestión, agudizada hoy con los fenómenos de la desintegración de la materia, es éste: ¿puede un individuo, propiamente dicho, constar de partes discretas? En realidad, se prueba que el átomo, por ejemplo, aun supuesta la discontinuidad de sus componentes, obra como un ser individuo; luego lo es. (De paso nota el autor la incongruencia de llamar al átomo un sistema estelar.) Por otra parte, la discontinuidad física de la materia no está suficientemente probada, pues el continuo heterogéneo es posible y podría explicar los fenómenos hoy conocidos.

Entróse luego en las doctrinas físico-matemáticas relacionadas con la relatividad. El Sr. Greenwood, en su comunicación «L'adaptation de la géométrie au monde sensible», vino a protestar cortésmente, en nombre de las matemáticas, contra la idea dominante, dijo, en los medios neoescolásticos, que atribuye la exclusiva del realismo a la geometría euclídea. El Sr. Warrain, cultivador también de las ciencias matemáticas, puntualizó las ideas sobre esta materia en su Memoria «Critique de la relativité de l'Espace et du Temps;» se puede hablar de geometrías noeuclídeanas, no de espacios noeuclídeanos, ya que tales geometrías no pueden ser concebidas sino en función de las nociones de Euclides que van en ellas implicadas. Las ideas de Einstein sobre la relatividad del espacio y del tiempo son muy útiles y pueden ser admitidas sin que sea preciso darles un sentido de paradoja y de incoherente metafísica, pues representan limitaciones y variaciones derivadas de la estructura de los elementos repartidos en el espacio y en el tiempo. El P. Gredt, profesor del Colegio Benedictino de San Anselmo en Roma, en su comunicación «Theoria relativitatis Einsteiniana philosophice excussa secundum principia aristotelico-thomistica», rechazó la concepción del movimiento como mera mutación relativa de distancias, afirmando la realidad absoluta del *ubi* y del *quando* como entidades y aun como medidas de valor universal, sin admitir con todo el espacio y tiempo absolutos a lo Newton. La impresión dominante en el Congreso fué que convenía estar sobre estas materias en prudente expectativa; su importancia filosófica no puede llamarse nula, mas sin duda ha sido muy exagerada, no por el mismo Einstein, sino por algunos de sus entusiastas, quienes quizás tampoco la han profundizado.

La última relación presentada y discutida en el Congreso fué la del P. Barbado, profesor del Colegio Angélico: «De habitudine Psychologiae rationalis ad experimentalem», razonada vindicación de la psicología experimental y de su método, según la doctrina de Santo Tomás. No hay que decir, dado el espíritu del Congreso, que fueron plenamente aceptadas las conclusiones del relator, quien mostró concebir esta ciencia, así en su extensión como en su método, con amplitud muy científica, que veía realizada en la obra del P. Fröbes *Lehrbuch der experimentelle Psychologie*.

En resumen, en su tercera parte el Congreso entró decididamente en el terreno de una amplia y serena inteligencia y compenetración con la ciencia, rechazando en absoluto el apriorismo y la falta de contacto con lo positivo, que algunos creen ser la característica de la escolástica. Nada más ajeno a su espíritu y a la teoría y práctica de sus grandes maestros, sobre todo de Santo Tomás; nada más ajeno a los generosos intentos de sus actuales cultivadores.

El lunes 20 por la mañana, terminada la última discusión y leída una disertación del P. Maggiolo «Il dottorato cattolico», se propusieron los votos dirigidos al Congreso. La presidencia, congratulándose del lisonjero éxito del actual, y para cumplir con el deseo significado por Su Santidad, propuso la pronta celebración de otros semejantes en la misma Ciudad Eterna, sin esperar el plazo de un quinquenio, indicado por varios congresistas. Aceptóse con gusto la propuesta, añadiendo algunos de los presentes que sería bueno se celebrasen en las diversas naciones Congresos tomistas preparatorios del general. El P. Cordovani, en nombre de la Universidad católica de Milán, propuso se emprendiese una edición de la *Suma Teológica*, que al texto críticamente correcto juntase la indicación de los textos paralelos de las otras obras del Santo, notas históricas y cronológicas sobre el mismo texto y sobre las cuestiones tratadas, en relación, según lo exigiesen los distintos argumentos, con los demás autores escolásticos, con los documentos de la tradición cristiana y de la Iglesia docente, con los filósofos de otras tendencias y con las ciencias relacionadas con la filosofía. El Congreso acogió el voto con deseos de que se llevase a cabo tan magna empresa, y se encargó a la misma Universidad de Milán, agradeciéndole a ella y a su Rector magnífico el P. Gemelli tan bella propuesta. Por último, leyó su voto el P. Szabò,

Regente del Colegio Angélico. Su primera parte, que ponderaba la importancia suma que tenía el estudio directo de las obras del Santo Doctor, obtuvo unánimes muestras de aprobación. La segunda parte motivó la intervención especial del presidente Mons. Janssens, quien entre aclamaciones y aplausos declaró que, así como a nadie cedían los congresistas en fidelidad de cordiales discípulos al Maestro universal Santo Tomás y en adhesión completa y sin distingos a todas las direcciones doctrinales de la Santa Sede, así también reivindicaban aquella justa libertad que la Iglesia quiere tengan todos sus hijos (1). Breves y afectuosas palabras de despedida del mismo presidente pusieron fin a las sesiones privadas del Congreso tomístico.

Por la tarde se celebró la sesión pública de clausura, bajo la presidencia de los Cardenales Bisleti y Laurenti, en el salón de la Cancillería Apostólica. Llenólo completamente una compacta muchedumbre, en su mayor parte miembros del clero y de la típica *scolaresca* con sus variados trajes, compuesta, como es sabido, por la porción, por lo común, más escogida de los planteles eclesiásticos de todo el mundo. El P. Le Rohellec, C. Sp. S., del Seminario francés de Roma, secretario adjunto del Congreso, leyó un breve resumen de los trabajos del mismo, lamentando que lo premioso del tiempo y la rapidez de la composición le impidiese precisar algunos conceptos y subrayar la importancia de la labor realizada.

Luego, entre los aplausos de la distinguida concurrencia, se levantó para pronunciar su discurso el egregio presidente efectivo del congreso Mons. Janssens. El tema anunciado era: «*Quid sit in praesenti rerum conditione philosophiae thomisticae praestandum.*» Considerando la filosofía tomística en el maestro que le da el nombre y las normas que debe seguir, expuso con viveza y elegancia de palabra y con *larche veritate dottrinali e storiche*, como decía *L'Osservatore Romano* (21-22 abril), el puesto que a Santo Tomás le corresponde en la historia del pensamiento. Maravillosamente le cuadran las palabras de la Sabiduría: *In medio Ecclesiae aperuit os eius*; por esto debemos considerarlo como término *ad quem* y como término *a quo*. En Santo Tomás se concentra lo mejor de la sabiduría antigua y de la especulación cristiana; él la veneró con humilde reconocimiento y

(1) Estas ideas, como recordará el lector, están contenidas en la Encíclica *Studiorum ducem*.

la recogió y se la asimiló con avidez. Con razón, entre los maestros que más influyeron en Santo Tomás, se fija el orador con especial atención en San Agustín, cuyas citas tan a menudo ocurren en las obras del Doctor Angélico; el pensamiento del Doctor de Aquino no puede ser aislado del gran maestro del mundo occidental. Más cercano a Tomás, saluda el orador con simpático y fraternal afecto a San Anselmo, no superado en la agudeza dialéctica e inmediato precursor de la escolástica. Ni estuvo aislado Tomás de sus contemporáneos del siglo de oro; basta citar el nombre del Doctor seráfico San Buenaventura, que tan bien supo juntar el movimiento místico con la severa precisión doctrinal, dando a su personalidad y a sus procedimientos un sello de originalidad innegable. Pero Santo Tomás es también el término *a quo* del gran movimiento de la filosofía cristiana sistematizada en la dirección escolástica. En él debemos nosotros inspirarnos; él debe ser nuestro guía en la inquisición de la verdad. Y guía seguro es Santo Tomás, no sólo en la proposición de las doctrinas y en las soluciones a los problemas filosóficos, sino también, y aun mucho más, en el método con que tales problemas deben ser estudiados. Y aquí con visible complacencia repetía Mons. Janssens el que decía haber sido pensamiento dominante en el congreso: ¿qué pensaría hoy Santo Tomás, qué enseñaría Santo Tomás en nuestros días sobre los problemas filosóficos de nuestros días? Santo Tomás no fué jamás exclusivista; siguiendo su ejemplo debemos estar atentos a las investigaciones científicas, iluminándolas con los resplandores de los principios que él estableció y según el espíritu con que los aplicaba. Terminó Mons. Janssens insistiendo en la radical oposición entre los principios fundamentales de Santo Tomás y los del monismo y sujetivismo que, a partir de Kant, impera en la filosofía no cristiana. Con ellos no es posible conciliación; serían la muerte de lo más fundamental del cristianismo, como bien lo demostró el modernismo. Penetrados de este espíritu, podemos abordar los problemas que atormentan hoy el espíritu filosófico, conduciéndolo por los caminos de la eterna verdad. Merecidos aplausos coronaron el notable discurso del presidente del Congreso tomístico, de cuya inteligencia y exquisitas cualidades conservaremos los congresistas grato recuerdo.

Y gratísimo será el recuerdo de la cordial y amabilísima audiencia del Padre Santo en la tarde del sábado 18 de abril. Recibidos en la

sala del Consistorio, pasó S. S., acompañado de Mons. Janssens y Talamo, y de los secretarios del Congreso PP. Geny y Le Rohellec, dando a besar la mano a los congresistas y aun deteniéndose unos instantes ante muchos de ellos con frases de paternal cariño e interés por las entidades científicas que representaban. Sentado luego en el trono, con acento sencillo y afable dirigió a los congresistas un familiar razonamiento, comenzando por decir que no era necesario discurso de presentación, pues no había discurso para él más elocuente ni más significativo que la misma presencia de una tan numerosa y distinguida concurrencia, como el Apóstol decía a los fieles: *epistola mea vos estis*. Bien informado como estaba S. S. de la importancia de los temas tratados y de la diligencia, profundidad y amplitud de criterio que había dominado en las discusiones, se congratulaba vivamente con los congresistas, y les dirigía una palabra de sincero agradecimiento por la filial piedad con que habían correspondido a su invitación. Con delicado pensamiento recordó la respuesta de Ester al rey Asuero: cuando éste, agradecido por el convite de Ester, le preguntó qué gracia quería le concediese, respondió ella que la gracia que le pedía era que volviese a sentarse otra vez a su mesa. Lo mismo decía el Santo Padre a los congresistas: «Dadnos otra vez una hora como esta, bella y consoladora; dad de nuevo a Roma el espectáculo de un Congreso como éste, tan altamente digno, en homenaje a la ciencia y a la fe». Tales Congresos, añadía el Papa, tan sabiamente organizados y dirigidos, son grandemente provechosos para la ciencia y para la fe; aunque no se llegue a conclusiones definitivas (a las veces podríamos preguntarnos si es posible llegar a ellas), es ya gran ventaja haber concentrado las fuerzas intelectuales de escogidas mentalidades en la observación de los problemas que suscita la ciencia moderna para ponerlos en contacto con nuestra antigua sabiduría, que bien podemos llamar eterna, sentada sobre bases graníticas, planta de raíces siempre vivaces, capaz de dar abundantes frutos de nuevo valor. Terminó S. S. dando la bendición apostólica que declaró extendida a todas nuestras intenciones, a los centros científicos y religiosos donde se ejerce nuestra actividad, a la multitud de nuestros jóvenes discípulos, inteligencias que llegarán a una conquista siempre más amplia, profunda y luminosa de la verdad.

Siempre tienen los Congresos científicos una utilidad no despre-

ciable en el comercio intelectual: la de establecer relaciones personales entre los cultivadores de la ciencia. Sin duda esta ventaja no fué el menor de los éxitos del Congreso tomístico de Roma. Muy cordiales e íntimas fueron las amistades religiosas y científicas que en Roma, centro de la unidad y de la caridad, se trataron estos días agradable en extremo estrechar la mano a ilustres hombres de ciencia, apreciados y admirados por sus escritos, tan sencillos y cristianamente humildes en su trato y conversación. Y si la ciencia que se cultiva es la escolástica, de carácter y tradiciones esencialmente cosmopolitas (como que sus centros han tenido siempre una tendencia universal e internacional), nacida además y desarrollada en el ambiente de la *disputatio*, que precisa y profundiza las ideas, tamizadas y afinadas en mutuo contraste, será preciso reconocer la importancia que tendrán tales reuniones presididas por la caridad, amplitud de criterio y seguridad de dirección que al Congreso tomístico de Roma han acompañado en todo momento, hoy más que nunca, cuando la investigación científica se lleva a cabo, así lo exige su multiplicidad y vastísima extensión, más bien por el trabajo aislado y la publicación de estudios especiales y fragmentarios.

La invitación y las bendiciones del Vicario de Cristo son prenda de la protección divina para los futuros Congresos, protección que, invocada al principio de las sesiones, hemos experimentado bien visiblemente en el primer Congreso tomístico de Roma.

JOSÉ M. DALMAU.

Barcelona-Sarriá.

